que duró de leer el notario la escritura, que era muy larga, no cesó el Marqués de llorar, por la pena que sentia; y al contrario Luis, viéndose ya en lo que tan deseado tenia, estaba tan lleno de júbilo y contento, que el Sr. Próspero testifica que jamás le vió tan alegre como aquel dia, no obstante que aquella misma mañana, antes de otorgar la escritura, algunos señores que habian venido con el príncipe D. Vicencio, que ahora es Duque de Mantua, mientras el Príncipe estaba con el Marqués, ellos estuvieron con Luis, dándole la vaya y burlándose de él, por quererse hacer religioso; y procurando divertirle, para que no llegase á efecto la renunciacion.

Al fin se otorgó; y luégo, viéndose ya Luis descargado de hacienda y de Estado, se retiró solo á su aposento, donde hincado de rodillas se estuvo una hora larga y más, dando gracias á Dios por la merced que le habia hecho en ponerle en posesion del tesoro de la santa pobreza, que tanto habia deseado. Llenóle Dios en esta ocasion de una dulzura y consuelo tan extraordinario, que solia él contar esta entre las visitas y favores más señalados que habia recibido de la divina mano.[48] Y verdaderamente fué cosa bien particular que el marqués D. Fernando, príncipe tan lucido y liberal, que inclinaba más á prodigalidad, se hubiese en este caso tan cortamente con un hijo primogénito, y que tan tiernamente amaba, principalmente habiendo salido del mismo Marqués, y no de otro, que se pusiese aquella condicion de reservar 400 escudos cada año; y así es de creer que permitió Dios, con especial providencia, que el Marqués diese despues en el extremo contrario, para que fuese más cumplido el consuelo de Luis, que aun estando en las principales cortes de Europa habia sido siempre tan enamorado de la santa pobreza.[49]

Habiendo, pues, dado gracias á Dios, se levantó de donde estaba, é hizo llamar á su aposento un venerable sacerdote, llamado D. Luis Cataneo, que habia traido de Castellon, é hizo que le bendijese un vestido de paño, como de la Compañía, que secretamente se habia hecho cortar aquí en Mantua; y luégo él mismo se desudó de todos sus vestidos, hasta de la misma camisa y de las medias de seda, y se vistió aquel otro hábito clerical, con el cual pareció en la sala donde estaban todos aquellos señores que se habian quedado á comer, los cuales con aquella vista no se pudieron dejar de enter-

necer y llorar; pero sobre todos el Marqués su padre, que por más fuerza que se hacia, no fué posible reprimir las lágrimas todo el tiempo que duró la mesa. Luis, con esta ocasion, con mucha gracia y modestia comenzó á tratar de los peligros del mundo, y las ocasiones que en él hay de ofender á Dios, la vanidad de los bienes de esta vida, cuán dificil cosa es salvarse los príncipes y señores, y cuán obligado está cada uno á asegurar su salvacion. Habló con tanto espíritu y autoridad, que todos aquellos señores le oyeron con particular devocion y respeto, y hasta el dia de hoy se acuerdan, y refieren lo que en aquel razonamiento les dijo.

CAPÍTULO XVII.

Va á Roma y entra en la Compañía.

El dia siguiente, que fué el 3 de noviembre, se despidió del Duque de Mantua, del Príncipe y de aquellos señores. Despues á la tarde, hincado de rodillas en tierra, con profunda humildad pidió á su padre la bendicion, y juntamente á su madre, que ya habia vuelto del Piamonte. Las lágrimas que ellos derramaron en esta ocasion, especialmente el Marqués, cada uno lo podrá considerar. La mañana siguiente se puso en camino para Roma, con el acompañamiento que el Marqués le dió, en el cual iba D. Luis Cataneo, á quien llevaba por padre espiritual en aquel viaje; iba tambien Pedro Francisco del Turco su ayo, el Dr. Juan Bautista Bono, con un camarero y otros criados. No se puede creer el poco sentimiento y el despego grande que mostró Luis en esta despedida, de todo lo que era carne y sangre, por más que los veia á todos llorar, y que se despedia para no volver. Iba con él en la carroza su hermano Rodolfo, á quien dejaba renunciado el Estado, que le acompañó hasta el rio Po, donde se embarcó para Ferrara; pero en el camino y en la despedida apenas le habló dos palabras. Diciéndole despues uno de aquellos señores en la barca: Pienso que el señor Rodolfo se habrá holgado mucho de hallarse ya sucesor del Estado; respondióle Luis: Yo estoy cierto que no se ha holgado él tanto en sucederme, como yo en dejárselo.

Llegado á Ferrara, visitó al duque Alfonso de Este y á la duquesa Margarita Gonzaga,[50] deuda suya. Luégo sin detenerse tomó el camino para Bolonia. Llevaba intento de visitar en este camino la casa santa de Loreto; parte por la devocion especial que tenia á aquel santo lugar, y no haberle nunca visitado, parte por cumplir con el voto que la Marquesa su madre hizo, como dijimos, al tiempo de su nacimiento: que si bien ya con ocasion de un jubileo por justas causas se les habia conmutado á ambos, y habian ya cumplido con su obligacion; con todo esto deseaba cumplir á la letra con la primera intencion de su madre y con su devocion; y así pensaba ir primero á Florencia á visitar al gran duque D. Francisco, y despues tomar el camino de Loreto. Pero llegado á Pietra Mala (que es un lugar á la raya del Estado del gran Duque como se viene de Bolonia) halló que se guardaba con tanto rigor por temor de peste, que por más que dijeron los criados quién era y á qué iba, no hubo remedio de dejarle pasar. Con esto se halló obligado á volver á Bolonia, de donde escribió á S. A. el Duque, excusándose de no haber podido cumplir en persona con su obligacion.

De Bolonia se fué por la Romanía derecho á Loreto, en donde no se puede decir el consuelo que Dios nuestro Señor y la Vírgen santísima le comunicaron. Oyó la primera mañana en la capilla de la Vírgen cinco ó seis misas una tras otra; luégo comulgó con grandísima devocion; y considerando el gran bien que en aquel lugar habia venido al linaje humano, y la majestad y santidad que allí estaba encerrada, todo se deshacia en lágrimas, y parecia que no podia apartarse de allí. Por esta ocasion no aceptó el hospedaje con que el Padre rector del colegio de la Compañía le convidó, antes quiso estarse en el meson con toda su gente, por poder gastar más libremente todo el dia orando y meditando en aquel santo lugar. Despues de comer volvió allá, y porque ya se habia comenzado á publicar quién era, y á qué iba á Roma, todos le señalaban con el dedo, y se edificaban grandemente de ver un mozo tan noble y tan rico, que habia hecho tantas diligencias por alcanzar un estado pobre y humilde, cuales apenas hacen otros por alcanzar riquezas y dignidades. La mañana siguiente, antes de partirse, volvió otra vez á la capilla de la Vírgen á oir misa y comulgar, y estarse otro rato en oracion.

Despues tomó el camino de Roma; la distribucion que guardaba en aquel viaje era esta: En levantándose tenia un cuarto de hora de oracion mental; luégo rezaba las horas canónicas, Prima, Tercia, Sexta y Nona con D. Luis, á quien hizo que le enseñase á rezar el oficio mayor: luégo decia el itinerario y subia á caballo. En saliendo de la posada, se iba muchas millas sólo, apartado de los demás, un rato rezando el ejercicio cotidiano y otras devociones, otros en su oracion mental, de

Felipe II, Rey de España.
De un cuadro de Pedro Pablo Rubens, que se conserva en Madrid, en el Museo del Prado. (Véase el libro I, cap. 8.)

suerte, que por el camino atendia tanto á su recogimiento y aprovechamiento, como otros cuando más retirados están en su celda. Los que le acompañaban, viendo lo que gustaba de aquel silencio y retiramiento, no se atrevian á hablarle, antes de propósito se iban adelante, ó se quedaban atrás. Cuando le parecia tiempo de hablar, llamaba á D. Luis, y con él se iba hablando de nuestro Señor. Al mediodía tomaba una colacion ó almuerzo, luégo rezaba con aquel sacerdote Vísperas y Completas, y continuaban su camino, gastándole parte en pensar las penitencias que en la Religion habia de hacer, á que era

grandemente inclinado, parte en discursos que hacia, ya de las Indias y conversion de los gentiles (con esperanza que algun dia le enviarian allá con los otros Padres y hermanos que cada año van á aquella mision), ya echando sus trazas en otras semejantes materias. A la noche, en llegando á la hostería, aunque estuviese helado, por ser como era en el rigor del invierno, no se calentaba; sino al punto se encerraba en un aposento, y sacando un Crucifijo que llevaba consigo, se ponia delante de él en oracion, gastando cada noche dos horas continuas en ella, con tantas lágrimas y suspiros, y con tal fuerza de afectos, que oyéndolos desde afuera los que le servian, se miraban unos á otros, movidos á compuncion y devocion. Remataba cada noche esta oracion con tomar una larga disciplina; llamando á D. Luis rezaba Maitines y Laudes, y en acabando iba á cenar, lo cual hacia templadísimamente, sin querer cosa de mucha sustancia. Queria continuar al modo que solia los ayunos de los miércoles, viernes y sábados; pero aquel sacerdote, viéndole tan flaco, y que tenia bien que padecer en las incomodidades del camino, no lo consintió, antes le ordenó que los dejase: obedeció él por entonces, pero en llegando á Roma los prosiguió. No permitia que se le calentase la cama, por más frio que hiciese, ni que le desnudase nadie; y siendo aquellas las primeras medias de paño que se habia puesto en su vida, porfiaba por descalzarse él mismo. Una vez en particular, movido de compasion aquel sacerdote, viendo el trabajo que le costaba, corrió á ayudarle; y tocándole, vió que tenia helados los piés y las piernas; pero por más que se le rogó, no hubo remedio de calentarse.

Llegado á Roma, se apeó en casa del ilustrísimo Sr. Patriarca Gonzaga; y habiendo descansado un poco, luégo se fué á la casa profesa en busca del P. Claudio Aquaviva, General de la Compañía. Bajó el Padre General al jardin á recibirle; allí se le echó Luis á los piés, ofreciéndosele por hijo y por súbdito con tanta humildad y devocion, que no le podian hacer levantar del suelo.[51] En saliendo de allí, comenzó á visitar algunos cardenales, en especial á los Ilmos. Farnesio, Alejandrino,[52] Este y Médicis, que ahora es gran duque de Florencia. Todos le recibieron con mucha honra y muestras de amor, especialmente los cardenales Farnesio y Médicis, que cada uno de ellos le hizo mucha instancia para que se hospedase en su palacio.

En concluyendo con estas visitas de obligacion, fué á las siete iglesias y á los otros lugares santos y de mayor devocion de Roma, y no se puede creer la piedad y afecto con que andaba aquellas estaciones. Iba siempre en oracion de una iglesia á otra ó rezando salmos: en las iglesias no se hartaba

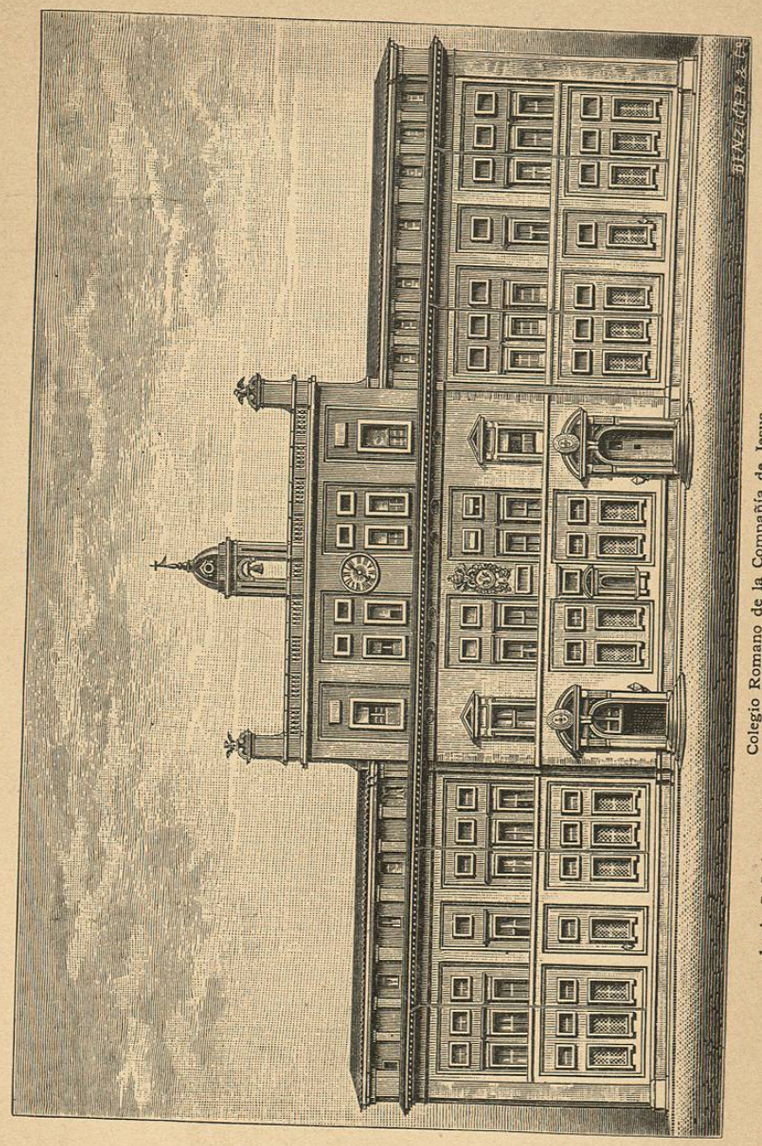
S. Luis á la edad de unos 14 años,
cuando era menino del Príncipe de Asturias en la corte de Felipe II.
De un cuadro al oleo del Real Palacio en Madrid. (Véase el libro I, cap. 8.)

de adorar y besar aquellos santos lugares, con mil afectos exteriores, que mostraban bien su devocion y afecto interior. Visitadas las iglesias, fué á besar el pié al Papa, que á la sazon era Sixto V, y darle unas cartas de su padre: en llegando á la antecámara del Pontífice, sabiéndose ya en palacio quién

era y á qué venia, le cercaron algunos de los que allí estaban, mirándole como á cosa de milagro. Entró donde estaba el Papa, besóle el pié y dióle las cartas de su padre. Hízole el Papa muchas preguntas sobre su vocacion, y en particular si habia pensado bien los trabajos de la Religion: respondió él que sí, que mucho tiempo habia que los tenia pensados y ponderados. Con esto Su Santidad, alabando su resolucion y fervor, le dió su bendicion, y le despidió con muchas muestras de amor. Era esto un sábado; y ahora fuese por haber ayunado el dia antes á pan y agua, y no desayunádose aquel dia hasta las tres y media de la tarde aguardando la audiencia del Papa, ó por otra causa, en volviendo á casa se sintió mal dispuesto, y temió no le viniese de nuevo algun impedimento ó dilacion; pero fué Dios servido que no pasó adelante.

El dia siguiente fué á la casa profesa, oyó misa y comulgó en la capilla de los santos Abundio y Abundancio, debajo del altar mayor; despues subió á una tribuna á oir el sermon, y en compañía del señor patriarca Gonzaga se quedó á comer con los Padres en el refitorio, convidado del Padre General; el cual por ese respeto hizo que en el refitorio hubiese otro sermon, en vez de la leccion ordinaria. Estaba el Patriarca atónito de la modestia y compostura de Luis; pero mucho más de sus palabras y respuestas, y decia: Rara cosa es que no se le ha de soltar á este mozo una palabra desmandada; todas han de ser tan pesadas y tan ajustadas. Los criados del Patriarca no estaban menos edificados; en particular le habian reparado lo que arriba dijimos, que todas las mañanas, oyendo misa en la capilla de su casa, en llegando á alzar, derramaba rios de lágrimas, y por más que procuraba encubrirlas, no podia.

Finalmente, el lunes por la mañana, dia de santa Catalina vírgen y mártir, á los 25 de noviembre del año 1585, teniendo él ya diez y siete de edad, ocho meses y diez y seis dias, con increible gozo y júbilo de su corazon subió á aquel barrio de Roma que llaman Montecavallo, donde está el noviciado de la Compañía, llamado San Andrés: allí entró,[53] acompañado de toda su familia y del Sr. Scipion Gonzaga, que le dijo misa y le comulgó de su mano, y se quedó allí á comer con el Padre General, que con este intento habia ido allá, siendo á la sazon rector y maestro de novicios el P. Juan Bautista Pescador, varon santo, como despues verémos. Cuando Luis llegó á



Colegio Romano de la Compañía de Jesus, donde S. Luis acabó de estudiar filosofía y cursó 4 años teología. (Véase el libro II, cap. IX.)

aquella santa casa, volviéndose á los que le habian acompañado desde Mantua, les acordó que cuidasen mucho de su salvacion: dió las gracias al Dr. Bono de la buena compañía que le habia hecho: al mayordomo ordenó que fuése con cartas suyas á Livorno á cumplir en su nombre con el gran Duque de Florencia: encargó al camarero que á la Marquesa su madre le diese sus encomiendas: últimamente dijo á don Luis, que al Marqués su padre dijese estas palabras: *Obliviscere populum tuum, et domum patris tui;* dándole con esto á entender que ya desde aquel punto se queria olvidar de la casa de su padre, y del pueblo y Estado que habia dejado. Preguntándole qué queria que dijesen al Sr. Rodolfo su hermano, respondió: Decidle de mi parte: *Qui timet Deum, faciet bona.* Con esto los dejó, y ellos volvieron, llorando la pérdida de tan buen señor. Ultimamente, se despidió del señor patriarca Gonzaga, dándole muchas gracias por lo mucho que habia ayudado de su parte en aquel negocio, y ofreciéndose de rogar con especial cuidado á Dios por S. S. I. El buen Patriarca, enternecido con estas palabras, no pudo detener las lágrimas, confesando que le tenia envidia de haber tan bien sabido escoger la mejor parte: con esto se fué, diciendo á la despedida á los Padres, que habian recibido aquel dia un ángel del paraíso.

Despedido ya Luis de todas las personas y cosas del mundo, el Padre maestro de novicios le llevó á un aposento donde habia de estar algunos dias á solas sin comunicar con los otros novicios, haciendo la primera probacion, conforme á la costumbre de la Compañía. Entrando allí, le pareció que entraba en un paraíso, y dijo: *Hæc requies mea in sæculum sæculi: hic habitabo, quoniam elegi eam.* En quedando á solas se arrodilló, y lleno de celestial dulzura con amorosas lágrimas dió gracias á Dios por haberle sacado de Egipto y traido á la tierra de promision, que está manando leche y miel de consuelos del cielo. Allí se dedicó y ofreció á Dios en sacrificio y holocausto perfecto, y le pidió gracia para vivir dignamente en su casa, y perseverar hasta la muerte en su santo servicio. Despues toda la vida le duró la memoria de este dia, celebrándole todos los años con particular devocion, y tomando por su abogada á la vírgen santa Catalina, cuya fiesta se celebraba aquel dia.